

Un soneto escrito en Semana Santa de 2004

Horacio Brizuela

Departamento de Física, Facultad de Ciencias Exactas y Tecnología, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán, Argentina.

Días antes de la Semana Santa de 2004, Ángel C., colega y amigo, me propuso que alquiláramos conjuntamente una casa en Amaicha del Valle, y que compartiéramos con nuestras familias unos días de descanso en aquellos parajes. Acepté de inmediato, por la generosa y amable disposición de Ángel, y porque sé que en los valles calchaquíes el otoño es benévolo, apacible. Los paisajes, virados hacia los pardos, amarillos y ocre, invitan a la serenidad, al reposo reflexivo, y quizás a la melancolía. La oblicua luz de la estación baña la tierra con una luz dorada y mansa, que recorta las formas contra un cielo que por diáfano resulta especialmente profundo y la vista llega tan lejos que se siente más familiar el esquivo concepto de infinito. En esa magia, el trino de las aves parece más dulce y cargado de un cierto misterio, como venido de otros tiempos, en que eran otros los ojos que miraban esos cerros. Al caminar por cañadas y lechos secos parece sentirse el letargo milenar de las piedras. A la noche, la luna pastorea abrumadores rebaños de estrellas, a las que parece faltarles cielo, de tantas y tan brillantes ¿Cómo negarme, entonces, a ese formidable proyecto, de combinar todas estas maravillas con la siempre grata compañía de Ángel, y de disfrutar con nuestras familias de esos luminosos y serenos días?

Así fue que partimos en su auto, un tanto llevado al extremo de su capacidad, por tener que alojar a cuatro adultos y cinco niños. Por suerte, Ángel tenía por aquel tiempo uno de esos prácticos vehículos de marca francesa, mezcla de cómodo automóvil y de furgón pequeño. Y por suerte también, el entusiasmo y la alegre expectativa que nos llenaba, no aportaban ni peso ni volumen al desmesurado equipaje. Viajar con Ángel es una experiencia muy feliz y memorable. Prudente, medurado en su conducción, llena las horas y los kilómetros con animados relatos de historias que ocurrieron por los caminos y localidades que recorreremos, y que él conoce al detalle. También recuerda vívidamente cómo de niño los recorría con su padre. De a ratos, para matizar, escuchábamos canciones de

un disco de Lucho Hoyos. Su voz, melodiosa y potente, ahondaba la belleza del paisaje, que al ritmo del ascenso mudaba de selváticas quebradas a semidesnudos cerros de tundra.

Ya, a poco de iniciado el descenso hacia nuestro destino, tras cruzar el filo de las Cumbres Calchaquíes por el alto de El Infiernillo, alcanzamos un punto desde donde la vista podía tenderse por una amplia región del valle del río Santa María, el antiguo Yokavil, como lo llamaban los originarios. Directamente al frente, veíamos la serranía de El Cajón, que obra de límite Oeste del valle. Sus ásperas laderas repujadas por vientos y lluvias descienden cambiando del ocre y el gris de los filos hacia el verde tardío, ya manchado de pardos, de los pastizales a sus pies. Al fondo del valle, el río es plata fundida que destella contra el marrón oscuro de los fértiles limos que dejó en las pasadas furias del verano. Alamedas dispersas aparecen como chispas de óleo amarillo agregadas al descuido. En la banda oeste del río, un poco hacia el Sur, el pueblo de Fuerte Quemado es una larga fila de manchas blanquecinas entre arboledas y peñas, que siguen la traza de la Ruta 40. Sobre la misma banda, hacia el Norte y un poco hacia arriba de las laderas, se puede distinguir las estribaciones que albergan la legendaria fortaleza de los Quilmes, donde nació y murió la última esperanza de resistir al español. Más hacia el Norte el valle se ensancha, y al fondo, ya azulando en la distancia, se percibe Colalao del Valle, anidada entre sus viñedos. A los pies de los cerros por los que descendemos, los caseríos de Los Zazos y Amaicha, unidos por una fluctuante línea del tenaz verdor de algarrobos y chañares, parecen geométricos arreglos de bloquecitos de juguete. En el otoño, desde los recodos del sinuoso camino, a veces se perciben misteriosos destellos que surgen fugaces entre los pliegues de los cerros circundantes, como señales de secretos espejos. Son bloques de hielo, que prematuros vientos invernales dejan a su paso en las umbrías quebradas, y que el sol, ya muy caído hacia el Norte, no alcanza a derretir. Todo ese pequeño univer-

so de historia y paisaje parece encerrado en una burbuja del más prístino celeste, como creada a partir de una joya primigenia, eterna, inalterable: el mítico cielo calchaquí, donde trazan sus sendas invisibles los astros y los cóndores. En ese punto del camino, en la conjunción de tantas maravillas, la voz de Lucho, vibrante de nostalgia, pronuncia desde el disco el hechizo que perpetúa aquel instante: "Yokavil, tu cielo me devora". Ese sentimiento hecho canción acrisoló todos los elementos en un único y persistente cuadro, grabado a fuego en el recuerdo.

Ya llegados a Amaicha, comenzamos a descubrir las pequeñas felicidades que enjoyaron aquellos días. La casa, ubicada allí donde una calle céntrica al modo amaicheño, se vuelve discreto pasaje de tierra, ofrecía espacios y comodidades para que dos familias puedan convivir en armonía. Los niños, para quienes el propio viaje ya era en parte aventura, tenían ahora amplios territorios nuevos para explorar. Los días, confortablemente tibios, devenían en frescas noches que obligaban a no descuidar abrigos. Ángel, avezado guía, lideró caminatas y cortas excursiones por lugares que él había recorrido en su juventud. Nos señalaba los hitos

urbanos: casas de familias amigas, curiosidades locales, caminos para llegar a puntos de especial interés. Así, mi familia pudo conocer la represa de Los Zazos, que ofrece el eterno encanto de todo lago, y provee de agua potable a los pobladores; la sorprendente cascada de El Remate que atruena en su estrecha garganta de peñas rojizas; una imagen de la virgen tallada por un filántropo alemán en un antiguo algarrobo, que parece estar lanzándose al vuelo desde sus raíces. En los relatos de Ángel, la vieja plaza parecía volver a poblarse de jóvenes mochileros, que en rueda de mate y guitarras paladeaban la novedad en las canciones de Sui Generis, Pedro y Pablo, Lito Nebbia, Luis Alberto Spinetta... No faltaron cabalgatas, donde en una oportunidad un caballo arisco nos dio un buen susto, al lanzarse a un inesperado galope llevando a uno de los niños. La rápida intervención del dueño de los caballos puso final feliz al episodio.

Como siempre en Semana Santa, las horas nocturnas transcurrían sumergidas en la hipnótica luz de una Luna desmesurada, que imperaba sin rivales en el cercano cielo. Bajo ese hechizo lunar, sobre el fin de nuestro paseo, fuimos a comer a un lindo restorán, a la



Yokavil

sazón, del hijo de la dueña de casa. En ese lugar, para mi beneplácito, una de las paredes estaba cubierta por una biblioteca, cuyos libros quedaban a disposición de los clientes. Entre la conversación y las risas, habíamos degustado sabrosas delicias locales, no recuerdo ya si respetando la tradición de no comer carne. Y por supuesto habíamos bebido vino de Cafayate. Tampoco recuerdo con exactitud en qué momento tomé el grueso volumen de las Obras Completas de J. L. Borges. Tal vez fue casi al final de la comida, mientras esperaba mi postre. Por abundante que haya sido el festín, no considero completa una comida si no es coronada con alguna dulzura. Lo cierto es que cuando tomé el libro, me encontraba en un estado cercano a la beatitud, producto de los dichosos días vividos, de la abundante cena y claro está, del generoso vino. En aquel crucial momento, respondiendo a algún arcano conjuro, el libro se abrió en la página 813, donde están los sonetos Ajedrez, I y II. Ya los había leído muchas veces, al punto de tener en la memoria algunos versos. Pero algo desconocido obraba aquella noche y al leerlos, los sentí más contundentes que nunca. Las precisas palabras me llegaban como con una sonoridad nueva, con un ritmo nunca antes percibido. Pero esa musicalidad no era liviana ni grácil, sino que vibraba con asordinado estruendo, con algo de terrible, algo de final. Las nítidas imágenes, las certeras metáforas cobraron una profundidad de sentencia, de dictamen irrevocable. Transportado por la magia del momento, la poesía devino en el impiadoso dardo que me inyectó a la propia sangre el rigor de aquellas cláusulas, y pude sentir con total convicción, con terminal fatalidad, que nadie puede proclamarse dueño de su destino. Todos nos hemos aproximado alguna vez a un pensamiento similar. Todos, ante un hecho trágico, nos hemos asomado a esta verdad. Pero aquella noche de revelación, no me aproximé a ella ni la pensé: la viví.

Creo no haber hablado mucho después de ese arrebatador instante, o tal vez hablé sin decir nada. Sumido en esa nueva conciencia, regresé con los demás a la casa. No dormí bien. De a ratos me asaltaban versos que repetían, con otras palabras, aquella misma sentencia. Luego fueron estrofas enteras, reflejos en un espejo roto, que enunciaban bajo otras formas los férreos sonetos de Borges y su implacable verdad. Para liberarme, a la madrugada escribí con apresurada caligrafía, sobre el primer papel que encontré, algo de lo que resonaba en mi mente insomne. Así nació este soneto, que no es imitación ni copia, sino distorsionado reflejo, atenuado eco, de sus imperiosos originales. Y no lo escribí por veleidad ni por afán de impos-

tura, sino repito, como vía de liberación. Se ve en él la impericia, la tosquedad del picapedrero que aspira a escultor, pero una vez plasmado en el papel, cobró su propia identidad y ganó el derecho a sobrevivir. Al menos para mí. Y por supuesto para Ángel, que me consiente y tolera, hasta celebra, estas torpezas literarias, con verdadera vocación de amigo.

Ajedrez III

Se ha dividido el mundo en dos:
Ya se enfrentan las huestes ordenadas.
Ya la lenta cadencia de jugadas
Ritualiza la batalla cruel, feroz.

Por la fútil vida de un rey innoble
Se inmolan sin gloria las figuras
Que despliegan amenazas y bravuras
Sobre el llano tablero de odio doble

Con ciencia o con caprichos repentinos
Los jugadores ejercen poderío
Y deparan a sus piezas fin sombrío.

No es más blando el rigor de sus destinos
Y se pierden en el tiempo, ese otro río,
Convencidos de aquel mito, el albedrío.



Horacio Brizuela